



Recibido: 03-05-2018
Aceptado: 10/06/2018
Dictaminado: 15/09/2018
Publicación: 03/12/2018

MALOS TIEMPOS (*Testimonio de 1968*)

Gualberto Díaz González*

Resumen

Este testimonio narra el miedo y la angustia que el protagonista y sus compañeros vivieron la noche de Tlatelolco, sobre todo, cuando fueron detenidos y conducidos al reclusorio adonde pasaron varios días, acusados de introducir armas a su edificio. Los episodios que rememora revelan la violencia ejercida por los cuerpos policiacos y militares, durante la detención arbitraria de personas no involucradas en conducta criminal alguna. Hay muchas razones para no olvidar el 68 mexicano. La memoria es la historia que debemos de contar. Y la historia apuntala la memoria colectiva, señala represiones políticas, vejaciones, reivindica luchas, y hace preguntas: ¿adónde arrojaron a los muertos?, ¿a qué prisiones clandestinas se llevaron a los sentenciados?, ¿en dónde están?

Palabras clave: Juventud, Tlatelolco, Memoria, Autoritarismo, Estado

*

El quincuagésimo aniversario del movimiento estudiantil y multclasista de 1968 en México, así como de la represión de que fue objeto en su momento por parte del Estado, propician la ocasión para analizar los acontecimientos y el significado que guardan de cara al presente y al futuro de la sociedad mexicana. El entramado de acciones colectivas que configuraron el movimiento del 68 ha sido objeto de estudio desde muy diversas perspectivas: la crónica y la recolección de testimonios (Poniatowska, 1983), la historia novelada (González de Alba, 1971); libros escritos por quienes fungieron como dirigentes o actores importantes (Álvarez Garín, 1998; Revueltas, 1978; Guevara Niebla, 2008); entrevistas a los dirigentes (Pliego Moreno, 2008); estudios realizados desde las ciencias sociales y la Teoría de los movimientos sociales (Zermeño, 1978), hasta el informe presentado por la Fiscalía Especial para Movimientos Sociales y Políticos del Pasado (FEMOSSP) y la Comisión de la Verdad, formada en noviembre de 2001, para esclarecer los acontecimientos del 2 de octubre del 68, del 10 de junio de 1971, así como durante la llamada “guerra sucia” del Estado contra los movimientos guerrilleros.

* Sociólogo, maestro en Literatura Mexicana y doctorante en Historia y Estudios Regionales por el Instituto de Investigaciones Histórico-Sociales; actualmente, catedrático de la Facultad de Sociología de la Universidad Veracruzana, México.

El abordaje desde la Teoría de los movimientos sociales puede realizarse a partir de diversos enfoques; ya sea desde la idea de Alain Touraine (1995), quien concebía a tales movimientos como acciones colectivas con una orientación cultural básicamente, o desde el enfoque de la estructura de oportunidades políticas y la movilización de recursos (Tarrow, 1997; Tilly, 2009), pasando por perspectivas que enfatizan el acotamiento o la institucionalización de los movimientos.

Los estudios sobre el movimiento del 68 han puesto el acento, de manera predominante, en la intervención de los dirigentes y los personajes más reconocidos, siendo escasos los textos que recogen los testimonios de los actores sin ocupar un rol protagónico. Es interesante, sin embargo, revisar la posición que han tenido este tipo de actores en los movimientos, en la medida en que su perspectiva es diferente: es una visión desde abajo, desde la vida cotidiana y el entorno personal en el cual se desenvuelven, lo que no significa necesariamente que los personajes cuenten con el bagaje que proporcionan las ciencias sociales o las teorías políticas sobre las diversas corrientes políticas.

A continuación, presentamos el testimonio de Jacinto Morán sobre los sucesos ocurridos el 2 de octubre de 1968. Para entonces, Morán era un estudiante que vivía en el Conjunto Urbano Nonoalco-Tlatelolco, más conocido como Unidad Habitacional Tlatelolco, con dos compañeros que participaban en el movimiento sin jugar un rol protagónico; ni siquiera estuvieron presentes en la Plaza de las Tres Culturas, ya que, por razones de trabajo, apenas tuvieron tiempo de llegar a su departamento. Se disponían a ir al evento público, cuando empezaron a sonar los primeros disparos.

El testimonio narra el miedo y la angustia que Morán vivió junto a sus compañeros la noche de Tlatelolco y, sobre todo, cuando fueron detenidos y conducidos hacia un reclusorio en el que pasaron varios días, acusados arbitrariamente de introducir armas a su edificio. Los episodios que rememora el narrador revelan la violencia ejercida por los cuerpos policiacos y militares, así como la ilegalidad con la que se condujeron para detener a muchas personas sin estar involucradas en conducta criminal alguna.

Cabe decir al respecto, tal como recuerda Allier (2009), que el testimonio que alude a la memoria es una forma de recuperar un pasado diferente de la historia; y, siguiendo a Ricoeur (2004), que la historia trata de reconstruir el pasado para hacerlo inteligible, apelando a la verdad, mientras que la memoria se asocia con la credibilidad, la verosimilitud o con un estatuto de verdad-fidelidad. La recolección sistemática de testimonios puede ser un factor importante en una trama construida metodológicamente y, en ese sentido, formar parte de la historia, aunque los testimonios individuales y la memoria que activan sean

cambiantes y estén imbuidos siempre de determinadas afecciones, dependiendo del horizonte de expectativas.

La memoria puede tener por objeto la denuncia de hechos que se consideran ilegales o moralmente cuestionables, puede estar orientada al enaltecimiento, a la clarificación histórica de los hechos, o bien, como se propuso la FEMOSPP, a combatir la impunidad de un hecho reprobable, a partir de lo que se ha dado en llamar “justicia transicional”. En este sentido, el testimonio es una técnica de investigación cualitativa que apela a la memoria colectiva: la historia oral o la literatura testimonial constituyen herramientas para la investigación social; aportan razones, señalan represiones políticas, vejaciones; reivindican luchas, hacen preguntas: ¿cuántas personas murieron? ¿a dónde arrojaron los muertos?, ¿a qué prisiones clandestinas condujeron a los sentenciados?, ¿dónde están?

**

En ese tiempo, yo vivía con Víctor y Raimundo en el edificio Guanajuato de la Unidad de Tlatelolco. Raimundo trabajaba en una fábrica. Víctor y yo salíamos a vender libros; también hacíamos teatro. Raimundo tenía un saxofón dorado que estaba aprendiendo a tocar; era una tortura escucharlo, pero ni modo.

Nos sentíamos contentos de participar en el movimiento estudiantil. La lucha había cundido abarcando muchos sectores sociales y Tlatelolco era el escenario de los mítines.

El 2 de Octubre no pudimos ir al mitin. Estábamos enojados por no haber podido asistir, pues Raimundo llegó tarde con el dinero de su raya y lo esperábamos para comprar la despensa, no habíamos comido en todo el día.

Fuimos al supermercado “Liverpool”. En aquél tiempo los jóvenes decíamos que aparte de lo que se comprara, había que robarse alguna cosita “para expropiar”.

Empezaba a oscurecer. Tomamos un taxi para llegar pronto a casa, comer algo y correr al mitin. El taxi enfiló por la calle Manuel González, la zona estaba desierta. De pronto, vimos a un joven iluminado por los fanales del carro, blanco como un papel, que gritaba con los brazos abiertos, atajando al taxi:

—¡No vayan! ¡Regresen! —el chofer lo esquivó y ya no entendimos qué más decía. Seguimos adelante, la zona estaba sin el alumbrado de costumbre.

—¿Qué dijo?

—Dijo: “¡No vayan..., están matando a todos!” —comentó el chofer—. ¡Qué raro!, estaría drogado. Se veía como loco.

En la penumbra de la calle, vimos que a los lados, en los edificios rumbo a Tlatelolco, había soldados agazapados. Decidimos cambiar de ruta: entrar por Calzada de Guadalupe y esquivar la zona adonde hubiera soldados.

El taxi nos dejó por Paseo de la Reforma. Caminamos volteando a todos lados, tratando de entender. Por fin llegamos a nuestro edificio.

—¿Qué estará pasando?... Comemos algo rápido y nos vamos al mitin—, dijo Víctor mientras subíamos por el elevador.

Ya en el departamento, destapamos una botella de vino tinto, sacamos el queso y el pan... En ese momento, tocaron a la puerta. Abrimos y entró un actor, con el que yo había trabajado hacía tiempo en una obra, y nos dijo muy asustado que “los soldados irrumpieron en el Teatro Comonfort”, donde estaban ensayando, que “sacaron a todos violentamente y se llevaron a algunos”... Se nos atoró el bocado.

—¿Qué estará pasando?

En eso, tocaron otra vez la puerta. Yo me apresuré a abrirla: eran dos hombres que conocimos en el Teatro Coyoacán; personajes de los cuales nunca llegamos a saber quiénes eran realmente, y entraron diciendo: “Algo está pasando..., hubo una balacera..., por eso subimos a refugiarnos aquí”.

—¿Una balacera?

Justo en ese momento se soltó el traqueteo de las balas en la Plaza de las Tres Culturas... ¿Una balacera en el mitin? Era de no creerlo, sabiendo que cada golpe era un disparo buscando matar, y pensar que ahí estaba la gente que tú conociste en la lucha, en las marchas... Las familias, las señoras, los jóvenes, los compañeros..., tú sabes que están ahí, que son ellos. No puedes creerlo... La mente se negaba a que fuera verdad y un asombro que te arrebatara..., que quieres salir corriendo hacia allá. ¡Oh, Dios! ¡No puedes permitir que eso sea verdad!

A través de la ventana veíamos cruzar las balas por el cielo. Nos echamos todos al piso, y uno de los hombres que había llegado al departamento, el más joven, comenzó a gritar:

—¡Hijos de la chingada...! ¡Malditos asesinos!

—¡Cálmate cabrón! ¡Agáchate! —su compañero lo jaló hacia el piso.

En el suelo estuvimos cada uno en silencio, sin movernos, escuchando una balacera prolongada, meditando cada quien para su personal conciencia. No sólo era miedo, era un desgarramiento que mordía no sé dónde. Luego vino el silencio. Lloro al recordar.

Después de unas horas, los amigos se despidieron y nos quedamos Víctor, Raimundo y yo preguntándonos qué íbamos a hacer. Nos acostamos sin poder dormir.

Abajo, en las calles, se escuchaban los gritos en la oscuridad, llantos en las escaleras, alaridos de personas perdidas... Una mujer hablaba, enloquecida, con el fondo de otros gritos lejanos:

—¡No mi vida..., es que tú no me comprendes! No me comprendes, mi vida..., mi amor..., debes de comprender.

Y se oían llantos lejanos. Así fue toda la noche hasta que amaneció.

—Lo mejor es irnos, dejar el departamento —dijo Raimundo—. Todo Tlatelolco está ocupado por los soldados.

—Pero pareceríamos sospechosos y la policía nos puede buscar —dijo Víctor—. ¿Tú qué dices, Jacinto?

—Que cada quien se vaya a trabajar como siempre para evitar sospechas —dije—. Debemos bajar a la calle y dar una vuelta por Tlatelolco para saber qué está pasando.

Íbamos caminando por la Secretaría de Relaciones Exteriores. La gente pasaba desconcertada, igual que nosotros, cuando vimos llegar un coche que se arrimó a la banqueta para estacionarse. Bajó un señor vestido de traje... Una bala le pegó en la cabeza y él cayó al suelo. Los soldados tomaron posiciones, veían hacia arriba buscando al tirador.

—No vayan a correr —les dije a mis amigos.

Pasamos cerca de la Plaza de las Tres Culturas. Un grupo de trabajadores estaba recogiendo zapatos. Regresamos al departamento. Los soldados vigilaban desde las azoteas.

Llegó la noche. Cortaron la luz de los edificios..., al rato volvió. Por la ventana veíamos a los soldados que observaban desde los edificios.

Al día siguiente, fuimos cada uno con nuestras familias, pero quedamos de regresar al departamento por la tarde. Mi papá y hermana me decían que ya no regresara a Tlatelolco, que nos podían hacer algo, pero ya habíamos hecho el acuerdo: regresamos los tres amigos a

pasar la noche en el edificio. Estábamos llenos de sospechas. A un vecino, que era hijo de Cuco Sánchez, desde el momento en que sucedió todo no volvimos a verlo; en realidad no sabíamos mucho de él, lo habíamos conocido cantando en la cavita del Teatro Coyoacán, y en su casa ya no contestó nadie el teléfono. Todo quedó en suspenso. Casi nadie salía ni entraba de los departamentos.

Se nos ocurrió hacer limpieza en el departamento. Con la aspiradora, Víctor limpiaba la alfombra y se acercaba a la ventana a ver a los soldados.

—¡Oye Víctor, no la chingues! ¡Cómo se te ocurre pararte ahí con el pinche tubo en la mano? ¿No vez que nos están viendo? —Por eso abrimos las cortinas, para que se den cuenta que no ocultamos nada.

Eran las doce del día cuando sucedió lo que temíamos: Víctor estaba acostado en el cuarto, Raimundo en el baño, yo trataba de leer el periódico, cuando tocaron a la puerta. — ¡Voy! —dije en voz alta, pues temía que fueran a disparar sobre la cerradura. Abrí. Era un señor alto, blanco, de semblante tranquilo, acompañado de dos soldados y un agente chaparro:

—Buenas —dijo el güero—. Venimos a hacerles algunas preguntas.

—Sí, cómo no —dije y abrí toda la puerta.

—¿Dónde tienen las armas?— dijo el agente chaparro.

—Estamos haciendo una investigación —dijo el güero— y queremos ver sus identificaciones, si son tan amables.

—Cómo no —le dije, mientras le mostraba mis credenciales. Los militares andaban por todo el departamento. Víctor salió espantado del cuarto, un soldado se dirigía a abrir la puerta del baño.

—Ahí está otro compañero, está en el baño —le dije.

—¿Ah, sí? —contestó el militar y abrió la puerta completamente. Raimundo estaba sentado en la taza con los pantalones en los tobillos; el soldado se metió, registró la ropa sucia y salió.

El güero veía las identificaciones:

—Pues qué bien —dijo—, tienen todas sus cosas en regla. Qué bueno, les felicito.

—Gracias —contesté.

—Pues ya nos vamos —dijo el güero—, ustedes disculpen.

—Sí, no hay cuidado, que les vaya bien —contesté.

Los hombres se retiraron y cerré la puerta.

—¡Ya la libramos! —dijimos.

Se nos quitaba a un peso de encima. Transcurría el día. La ciudad de Tlatelolco, como se nombraba a esta gran unidad de edificios de departamentos, permanecía en silencio. En las azoteas seguían los soldados con sus armas en ristre. Llegó la noche. Víctor y Raimundo se fueron a dormir, pero yo no estaba tranquilo, sentía un miedo atorado. Encendí la televisión: en la pantalla, un hombre mal encarado acorralaba a una mujer en lo alto de una azotea; la mujer, de espaldas en un barandal, no tenía escapatoria... Escuché tres toquidos fuertes en la puerta. Apagué la televisión y caminé rápido por el pasillo diciendo: “¡Voy! ¡Voy!”. Abrí toda la puerta y allí estaban.

—Ya volvimos —dijo el güero.

—Pasen..., pasen... —dije, como quien recibe a unos amigos.

—¿Por qué tienen tantos pares de zapatos? —preguntó un agente—. Si ustedes son tres, ¿por qué hay cuatro pares? —según él muy Sherlock Holmes.

—No..., es que hicimos la limpieza de la alfombra —le dije—, por eso nos quitamos los zapatos.

—Ah, nos hubieran dicho —dijo el güero—, también nosotros nos hubiéramos quitado los zapatos.

Se echaron a reír... “Ni que estuviéramos en una serie de televisión norteamericana”, pensé. Los soldados no se reían, tenían cara de invitados al mal.

—¿En dónde tienen las armas? —preguntó el güero.

—¿Cuáles armas? —contesté riendo, como si fuera una broma.

Los soldados ya estaban metidos en el cuarto volteando el colchón, tirando la ropa para todos lados; otro, metido en el baño regando los papeles; otro, abriendo el refrigerador y paseándose por la cocina.

—¿Quién pinta? —preguntó el agente chaparro viendo un cuadro en la pared.

- Yo —le dije.
- ¿Estudió en San Carlos?
- No.
- ¿Y qué hacen actualmente? —preguntó.
- Actualmente estamos haciendo unas obras de teatro —le dije.
- Mmmm..., ¿unas obras? ¿Extranjeras?
- No, son de Antón Chéjov —Víctor y Raimundo me vieron sorprendidos.
- Bien, bien —dijo el agente—. ¿Y quién toca el saxofón? —preguntó, mientras veía el pobre saxofón arrinconado.
- El compañero Raimundo —dije yo... Entonces vi que Raimundo se había retirado a la recámara con uno de los policías. ¿Pero a qué? Luego noté que cerraron la puerta.
- ¿Dónde esconden las armas? —preguntó el güero nuevamente.
- ¿Cuáles armas? —contesté, intentando sonreír.
- ¿Conocen a la señora Aurora? Porque ella y ustedes están acusados de haber metido una caja de armas a este edificio.
- Eso no es cierto —contesté rápido.
- La señora Aurora es una sirvienta que vive en la azotea, ya confesó.
- Nosotros no conocemos a ninguna señora Aurora —dije, aparentando tranquilidad.
- Bueno —dijo el güero—, pónganse sus zapatos y desconecten su refrigerador. Vamos a salir.
- ¿A dónde? —pregunté como si nos estuvieran invitando al cine.
- Vamos a hacer una investigación —contestó el güero.
- Pero, ¿por qué vamos a desconectar el refrigerador? ¿Qué vamos a tardar mucho? —pregunté.
- Depende —me respondió.

—¿Depende? ¿Qué vamos a ir muy lejos, comandante? —pregunté disimulando el miedo.

—Vámonos —concluyó el güero. En eso vi salir a Raimundo de la recámara con uno de los agentes.

Salimos del departamento; los soldados atrás de nosotros. Como había dos elevadores pequeños, nos dividieron. Víctor y Raimundo se fueron con dos soldados al otro elevador y yo me quedé con dos gorilas. Un agente resollaba junto a mí con respiración tensa. Salí del elevador con mi escolta y pasamos por el estacionamiento del edificio:

—¡Párese, voltee hacia allá! —me ordenó el agente chaparro—. Esa que está ahí, en ese carro, es la señora Aurora —vi a una mujer que tenían dentro de un carro.

—No. No conozco a esa señora —respondí.

—Ella dice que los conoce a ustedes. Ya confesó.

—No, no nos conocemos —volví a decir.

—¡Súbase al carro! —me ordenó abriendo una de las puertas traseras. Me subí y quedé apretado entre dos gorilas. El que estaba a mi derecha sacó un cigarro, se lo puso en los labios y chasqueó su encendedor.

—¿Me regala un cigarro? —me oí decir antes de pensar.

El hombre se desconcertó, al momento no supo cómo responder; luego optó por sacar un cigarro de su cajetilla y dármelo sin verme; lo recibí, guardó su cajetilla. “Ahora qué sigue”, pensé, “se supone que debo encender mi cigarro”.

—¿Podría prestarme su lumbre, por favor? —noté un nuevo desconcierto del agente. Me ofreció la lumbre de su cigarro. —No lo toque —me lo advirtió sin verme. Acerqué mi cigarro a la brasa del suyo, lo prendí.

—¿No conoce a la señora Aurora? —preguntó, tratando de recuperar el terreno.

—No. Como nosotros trabajamos vendiendo libros, nos vamos todo el día y pasamos las horas en la calle. Regresamos en la noche cuando la gente ya se acostó; lógicamente no conocemos a nadie. Y así son todos los días... Yo trataba de hablar con naturalidad, como si fuera una conversación y no un interrogatorio, pero me sentía al borde de un abismo.

Por fin llegamos a nuestro destino: la procuraduría de Tlaxcuaque. Al llegar vi a Raimundo y a Víctor que bajaban pálidos de un auto con sus captores. Entramos al edificio. Nos presentaron ante un Ministerio Público.

—Identifíquense y dejen sus pertenencias.

Luego nos llevaron a un cuarto oscuro, para detenidos en trámite. Pasaba de la media noche. Había gente acostada en el suelo. No veíamos nada y no podíamos movernos entre bultos humanos. Una voz dijo en la penumbra:

—Aquí hay lugar —caminamos a tientas—. ¿Quieren agua? —nos preguntó la voz.

Agradecemos la solidaridad en medio de las sombras. Nos acomodamos. Es difícil dormir en el piso de cemento, duelen los huesos.

Al día siguiente pudimos vernos las caras. Supimos que eran presos comunes, los presos políticos estaban en otra parte. Vimos que entre los huéspedes imperaba una regla: todo lo que llegara de un familiar o amigo se compartía entre todos, así fuera una migaja de pan.

Desde el cuarto podíamos ver el mostrador adonde llegaba la gente a preguntar sobre sus familiares o amigos. Era una gran clientela que entraba y salía y hablaba en voz alta y conversaba, y se convertía aquello en un lugar de encuentro; gente en problemas buscando a los suyos. Así vimos llegar a doña Emilia, la mamá de Víctor Corzo, que se encontró con mi hermano Roque. Doña Emilia era asturiana y vaya que tenía voz:

—Si yo no le prohíbo a Víctor que sea comunista, hombre. Lo que le digo es que, bueno, hay que tener cuidado, portarse bien; y eso del comunismo que cada quien sea lo que quiera...

Víctor se agarraba la cabeza:

—¡Mira a mi mamá qué está diciendo!... ¡Ay, mi mamá!

Doña Emilia nos traía una bolsa de tortas muy ricas con chorizo español; vimos que se la entregó a los policías para nosotros, pero ellos le sacaron varias tortas. Repartimos lo poquito que nos trajeron. Se ve que les gustó a los policías, porque los siguientes días ya no nos trajeron nada.

Esa tarde se inauguraban los Juegos Olímpicos de 1968. Los policías tenían prendido un televisor y nosotros veíamos por la puerta que a veces dejaban entreabierta...

—¡Raimundo Herrera! —comenzaron a llamar a cada uno.

Salió Raimundo. Víctor y yo nos quedamos suspendidos esperando su regreso. Al rato volvió y nos dijo:

—Me estuvieron preguntando cosas... Debemos hablar con la verdad para no caer en contradicciones...

—¡Jacinto Casán! —se oyó mi nombre.

Salí custodiado por un policía que me quería empujar, yo caminaba rápido.

—¡Aquí!

Me detuvo ante otro policía sentado frente a una máquina de escribir. En la televisión se veía el estadio universitario y una multitud de gente disfrutando como si nada hubiera pasado en Tlatelolco... En el centro del estadio hacían una tabla de calistenia formando letras: “JUVENTUD DEL MUNDO, MÉXICO TE SALUDA”, y las voces y los coros y las fanfarrias...

—¡No vea para allá! —me ordenó el policía— ¡Póngase aquí! —y me hizo a un lado para que no pudiera ver la televisión:

—A ver, ¿cómo se llama?

—Jacinto Casán Morantes —contesté.

—¿Domicilio?

—Edificio Guanajuato, en Tlatelolco, departamento 520.

—¿Qué fue lo que pasó el día dos?

—Lo que pasó...

—¿Ah, sí? ¿Y qué fue lo que pasó?

—Pues la balacera que hubo...

—Ah, ¿hubo balacera?

—Claro.

—¿Y usted, cómo lo sabe?

—Salió en los periódicos.

—Y esa noche, ¿cuántos eran?, ¿dónde estaban ustedes?

—En casa, somos tres los que vivimos en el departamento.

—¿Usted oyó la balacera?

—Claro que sí, vivo cerca de la Plaza de las Tres Culturas. Se veían las balas por la ventana cruzando el cielo.

—Ah, ¿se veían las balas por la ventana?

—Sí.

—¿Y de dónde venían?

—Yo qué voy a saber..., silbaban las balas por todos lados...

—Muy bien, retírese. Váyase con los demás.

Cuando volví al cuarto llamaron a Víctor, y le dije al pasar:

—Tranquilo, tranquilo.

Transcurrió el tiempo y Víctor no regresaba. Raimundo y yo nos veíamos las caras. ¿Qué pasaría?

Por fin regresó Víctor, pálido como una torta de las que preparaba su mamá:

—¡Por poco me madrean, cabrones! —dijo en voz baja.

—¿Por qué?

—Porque ustedes me dijeron que había que decir la verdad.

—¿Y qué verdad dijiste?

—Me preguntaron: “¿Qué piensas del movimiento de los estudiantes?”

—¿Y tú qué dijiste?

—“Yo pienso que tienen razón” —les contesté. —“¡Ah!, ¿tienen razón?” —y por poco me madrean. —“¿Usted participaba?” —me preguntaron. —“No, no participaba pero estoy de acuerdo con ellos” —les contesté.

—¡Qué bárbaro eres, ya nos echaste de cabeza!

—¡Pinche Víctor, qué pendejo eres!

—¡Pero, chingao, por qué me regañan si ustedes tuvieron la culpa!

—¿Sabes lo que puede pasar para que te angusties más? —le dije—: que den un golpe de Estado y nos fusilen a todos. ¿Qué crees que hacen cuando hay un golpe de Estado? Fusilan a los presos políticos. ¿Que ya no te acuerdas de lo que hemos leído? —Víctor inclinó la cabeza y se puso a llorar:

—Yo no quiero morir —decía sollozando.

La noche fue larga y no podíamos dormir. En la prisión hacían correr el rumor de que se preparaba un golpe de Estado.

A la noche siguiente nos llamaron a los tres. Nos paramos de un salto.

—Ya vamos a salir —dijimos.

Se abrió la puerta y un policía nos dijo:

—Vengan por acá.

—Y, ¿a dónde vamos? —Víctor preguntó, cuando vimos que no era el camino de salida.

—¿Vamos por nuestras cosas? —pregunté yo.

—Ustedes síganme.

—Y, ¿cómo qué hora serán? —pregunté, por decir algo.

—Son las nueve de la noche —respondió el policía.

Seguimos caminando y, al entrar por un largo pasillo, vimos que de una puerta sacaron a la señora Aurora, demacrada como un cadáver. Nos vimos a los ojos. Seguimos caminando y el pasillo se fue haciendo oscuro; a tientas, comenzamos a bajar unas escaleras, agarrándonos del barandal.

—Oiga, ¿a dónde vamos? ¿Esta no es la salida, verdad? —pregunté con los huevos en la garganta.

—No —respondió el policía.

La señora Aurora comenzó a sollozar.

—Entonces, ¿a dónde vamos? —pregunté.

—A los separos —respondió—. A las crujiás.

La señora Aurora estalló en gritos.

Poco a poco se fue aclarando la escalera con la luz que venía de abajo. Llegamos a un sótano donde había un escritorio con un policía, y el que nos traía le entregó una lista con nuestros nombres. A la señora Aurora se la llevaron casi a rastras a las crujiás de mujeres. El policía del escritorio nos veía a cada uno, y dijo:

—Cómo me gustaría tener una ametralladora en estos momentos y agarrarlos a todos ustedes así: ¡Tácatataca-tácatataca!

Nosotros viéndolo, callados, sin saber qué decir. Desde acá oíamos los gritos de la multitud enrejada. Nos llevaron hacia allá. A medida que dábamos los pasos sentíamos enfrentar lo inevitable... Abrieron la crujiá: “¡Parammmm!” y vimos a los prisioneros que se agolpaban..., una multitud..., un coro ensordecedor de hombres desesperados hablando todos al mismo tiempo. Entramos... Uno se entrega como a la muerte... Cerraron la reja y nos rodeó la multitud vociferante, pero, de pronto, como quien despierta de una pesadilla, entendimos lo que gritaban:

—¡No tengan miedo!

—¡Somos compañeros!

—¿¡Qué está pasando afuera!?

—¿¡No trajeron el periódico!?

—¿¡En dónde estaban ustedes!?

—¿¡Dónde los agarraron!?

—¡No se asusten!

—¡Somos compañeros! —hablando todos a la vez como un enjambre solidario. Ya sin el terror que nos cegaba, vimos rostros de hombres amistosos y sus palabras eran como un abrazo que nos arrancaba el miedo.

La Crujiá E era una celda de siete por seis metros, con grandes rejas y un foco prendido que únicamente apagaban por la noche. Sólo por un pequeño tragaluz que había en la pared del pasillo, podíamos deducir si era de día. Éramos como setenta hombres encerrados en esa crujiá.

El piso estaba pegajoso y mal oliente, se había derramado el agujero que servía de excusado y la gente trepada en las literas de cemento como pájaros hacinados. Sin embargo, cada uno se controlaba y mantenía su dignidad; hablaba y contaba su historia.

A veces oíamos unos cantos que venían de las crujiás de atrás. Pregunté quiénes eran los que cantaban con tantas ganas. “Son los presos que van a fusilar o a refundir en la cárcel por muchos años”, me contestaron. Era impresionante escuchar esos cantos.

Había un joven guatemalteco de ojos azules que tenía la cabeza vendada y estaba muy pálido. Lo habían golpeado en la enfermería y había perdido mucha sangre; por eso traía la cabeza vendada. Este muchacho de semblante dulce se pegaba a la reja todo el tiempo y un día observé que se tambaleó, se cogió fuerte de los barrotes y alguien gritó:

—Ya se va a desmayar. ¡Agárrenlo, ya le va a dar! —corrieron a ayudarlo. Luego supe que casi todos los días se aferraba a las rejas y se desmayaba, y entre varios lo cargaban para acostarlo en su litera. El guatemalteco era un muchacho sereno de aspecto sensible, pero su condición de extranjero y preso político lo ponía en situación peligrosa.

Había dos chavos que decían ser hermanos. Un día escuché sollozar al más joven y le pregunté por qué lloraba:

—Lloro porque toda mi familia está comprometida. Mi hermano tuvo que irse de su casa. Lo trajeron preso y dejó a sus hijos. Tiene una niña de meses. También a su esposa se la llevaron a la cárcel... Nosotros íbamos en una camioneta en la que encontraron varios cartuchos..., pero... no quiero que mi hermano me oiga llorar... Nosotros estamos muy comprometidos.

Me conmovió su relato, pero a lo mejor no era verdad, tal vez aparentaba abrirse para sacar información.

A veces las literas de cemento parecían un barco detenido, sin viento. Todos éramos como una tripulación triste, llena de incertidumbre. Había un profesor de astronomía muy gordito que sufría ataques de ansiedad:

—Es que yo no puedo estar aquí... Necesito tomar mucha agua —decía casi llorando, viendo a todos con desesperación. —¡No voy a resistir!

Entonces alguien operaba el milagro.

—Pero nosotros también necesitamos alivianarnos, profesor. Hablemos del nacimiento de las estrellas o de los soles negros.

Y allá va el profesor. ¡Arriba mi querido gordo! A las otras galaxias, todos vamos contigo. Y la Crujía E se convertía entonces en un aula concurrida donde escuchábamos atentos a un maestro apasionado. Así surgieron también pláticas sobre cine, política, arte... “Bueno”, pensaba yo, “parece que la universidad sólo cambió de domicilio”.

Entre el gentío había un niño de 12 años con su hermanito de cinco.

—¿Por qué están ustedes aquí?

—Es que mi hermano se robó una medallita... —El más chico se había robado la medallita, pero lo más probable es que el mayor lo haya mandado.

—No, vete a la chingada —se defendía contra un muchacho que todo el tiempo lo bromeaba:

—Te voy a meter la verga, vas a ver, cabrón. Vas a ver. Te la voy a meter y te va a gustar —le decía el muchacho y se reía y se agarraba el pene que se mostraba erecto debajo del pantalón.

Alguien comentaba:

—Ya le hicieron la prueba de la parafina al Pitara y salió positiva.

La prueba de la parafina es una manera de condenar a la gente. Según tu expediente, te hacen la prueba poniéndote parafina en las manos y cuando dan los resultados te dicen que ha salido positiva para que confieses.

—Vas a ver, pinche chamacote, a ti te van a hacer la prueba de la harina —le dice el muchacho al niño—. ¿Sabes cómo es? Ponen bastante harina en un papel en el piso, te agachan y te la meten, y si no sangras quiere decir que ya te la habían metido antes, la prueba resulta positiva y te fusilan.

—Vete a la chingada —le respondía el niño.

En la prueba de la parafina había caído El Pirata, que era un muchacho moreno de regular estatura, robusto, que tenía un ojo morado por los golpes que le dieron los policías, y estaba desesperado porque había cometido un error.

—¿Sabes lo que hizo El Pirata? Por pendejo anda desesperado ahora. Dicen que ya lo van a fusilar porque su prueba dizque salió positiva —platicaba un preso—. Pero él no disparó nada ni tiró ninguna bomba molotov. Como le dijeron que su prueba salió positiva lo comenzaron a golpear, y entre los golpes y los gritos que él daba, le dijeron:

—Dinos y ya no te golpeamos. Y él dijo: —Está bien. Está bien. Sí, sí... , yo tenía una bomba molotov. —Ahí está, ¿ya ves cabrón?

—¡Cabrón!, y que me siguen golpeando —interviene El Pirata sentado en su litera—. Pensé que ya no me iban a golpear y me siguieron golpeando, hasta que grité: “¡Sí, pero no la tiré... esa bomba no la tiré...!”.

Y ahora estaba en la lista del peligro, el Pirata lo sabía, por eso se alteraba, se bajaba de la litera de un brinco, gritando.

—¡Quiero darme un tiritito con alguien! ¿Quién se quiere romper la madre conmigo?

—¡Ya cálmate, Pirata! ¡Cálmate! Si no estás llorando, estás retando a la gente porque estás desesperado. Pero eso te pasó por pendejo. Por haberte creído de los policías, ya te chingaste.

—Bueno, está bien —decía el Pirata—, pero por favor, el que salga de aquí que le diga a Rius que me ponga en la lista de los que van a fusilar.

—¡Ya cálmate, Pirata, no te van a hacer nada, vas a ver.

Se hacían diálogos y preguntas y había momentos de brisa en ese mar de voces. Uno de los consignados era el guatemalteco. Decían que lo iban a deportar, y si lo deportaban, en su país lo iban a fregar. Seguían los rumores que podían dar un golpe de Estado, que el trompudo de Díaz Ordaz, siguiendo la línea de su apellido, Porfirio Díaz, en un plan de traidor a su pueblo, es muy probable que combine todo con un golpe de Estado, decíamos preocupados. Un periódico era un tesoro, queríamos saber qué pasaba.

El Bombero, nuestro carcelero, tenía una actitud paternal con los prisioneros; le gustaba sentirse importante. Para él resultaba novedoso estar cuidando una crujía no de delincuentes comunes, sino de estudiantes, intelectuales y políticos. Tenía la jerarquía de ser el carcelero de hombres que alegaban y discutían, que sabían ser amables y respetuosos.

—¡Bombero, Bombero!, consígueme un periódico —le decían algunos.

—Bueno, está bien, pero no griten —contestaba como a sus niños—, sino les voy a echar agua como el otro día.

Cuando nosotros llegamos supimos que acababa de haber una represión con manguera. El manguerazo decían que era muy doloroso. La represión fue porque habían gritado madres contra el gobierno. Con manguerazos de agua, el Bombero había logrado que los muchachos mantuvieran orden, y él correspondía consiguiéndoles el periódico:

—Se los voy a traer, pero pórtense bien, si no a mí me chingan. Al rato voy a ver si les consigo el periódico:

Entonces se oyó la voz del policía del escritorio:

—¡Ya cuélgalos de los huevos con alambre a los hijos de la chingada, cabrón!

El Bombero le contestó al policía:

—¡Cuélgalos tú, hijo de tu chingada madre, por qué me mandas a mí! ¡Si estos muchachos no han hecho nada!

Un día el Bombero nos dijo:

—Ya mero van a salir, ¿eh? —y al oír esto varios nos pusimos de pie:

—¿Cuándo van a traer la lista de los que van a salir? —preguntamos.

—Ya mero la traen —respondía el Bombero.

Pasaba el día, pasaba la noche y llegaba el Bombero:

—Probablemente hoy traigan la lista, por la tarde, o mañana.

Así pasaban los días y todo quedaba en promesa: hoy, mañana, no llegaba la lista de los que iban a salir, no sacaban a nadie.

Sucedió una cosa extraña con Raimundo, el compañero del departamento, que hasta la fecha no sé qué pasó. Raimundo tenía un hermano en la policía secreta y cuando nos fueron a catear el departamento por segunda vez, llegó su hermano entre los policías y, al ver a Raimundo, se encerró con él en la recámara (nosotros no sabíamos lo del hermano), y nunca supimos de qué hablaron. Y cuando estábamos en la cárcel, venían por Raimundo, lo sacaban de las rejas y al rato regresaba con un palillo en la boca, ostentando que había comido cuando en la crujía nos dejaban porquerías intencionalmente para que no comiéramos: unos frijoles duros y pasmados con agua sucia en un bote de lata con unos huesos de res apestosos y unos bolillos de piedra que servían para pegar en la reja cuando protestábamos, y no se despostillaban los pinches bolillos.

—¿Tú hermano qué te dice? —le pregunté a Raimundo.

—“Yo te voy a sacar a ti” —me dice—, “a los demás que se los lleve la chingada”.

—¿Y tú que le dijiste?

—Pues le dije: “No, tenemos que salir todos”. Pero..., este..., realmente si me sacan a mí, pues ya procuraría hacer algo, también, ¿no?

Ese era nuestro compañero Raimundo. Y Víctor, un muchacho asturiano que toda su vida había vivido en un hogar donde no faltaba nada, siempre había comido bien, y verse ahora aquí le era de una enorme turbulencia, no soportaba comer lo que nos daban. Yo sí comía el frijol, lo que fuera.

Una mañana pasó un barrendero frente a nuestras rejas y nos gritó:

—Ya ven, cabrones, por andar gritando el nombre de Vallejo.

—Y ¿quién es Vallejo? —le preguntó un compañero que estaba parado cerca de la reja. El barrendero se hizo el ofendido y se fue con su escoba, sin contestar.

Al lado de la crujía de nosotros, había un personaje recluido con los presos comunes que quién sabe por qué lo dejaban salir al pasillo y andaba contoneándose siempre con una escoba. Cuando pasaba frente a nuestra reja se alzaba un coro de voces, de risas y de rechifla:

—¡María! ¡María! —le gritaban. Él se hacía tonto dizque barriendo el pasillo para que todo el mundo le chiflara. Sabía que, al aparecer, en el marco de la crujía era la sensación:

—¡María! ¡María! ¡Mira!

—¡Ven María, te voy a dar esto!

Un día quién sabe por qué dejaron entreabierta la reja de la crujía E y se armó un escándalo cuando apareció el muchacho con su escoba:

—¡Ven, barre aquí dentro, María! ¡Entra!

—¡Mira, ven, hazme caso!

—¡Ven, María, barre aquí adentro!

El muchacho sonreía coqueteando, retando la rechifla atronadora y alegre.

—¡Entra! ¡Entra!

Cuando se acercó a la reja, entró con su escoba y se produjo un instante de silencio, luego estalló una gritería ensordecedora y bajó una jauría saltando de las literas para rodear al muchacho. El joven María vio que venían todos como leones y asustado gritó:

—¡¡¡Guardia!!! ¡¡¡Guardia!!!

Se detuvieron. La escena se congeló y María aprovechó el desconcierto para salir en silencio. Se había puesto pálido.

Una mañana llegó el Bombero y dijo:

—Ya trajimos la lista de los que van a salir —y todos nos pusimos de pie—. Voy a ir nombrando uno por uno y van a salir en orden al pasillo, con las manos en la nuca, a formarse aquí.

Si había algún momento de silencio, ése era el mayor. No podía haber nada más espectacular que la lectura de aquella lista.

Al primero que nombró fue al Pirata, quien, como todos, estaba inmóvil arriba, en la litera, y cuando oyó su nombre bajó volando poniéndose la camisa, y al venir bajando con su camisa abierta parecía un pájaro hacia la libertad... No podía merecer otra cosa más que el aplauso. Todos aplaudimos al ver que quien creíamos estaba sentenciado era el primero en salir. También nombraron al joven guatemalteco, y salió pálido, con las manos en la nuca. Así fueron nombrando y nombrando... Salió como el cincuenta por ciento de los presos. Luego volvieron a cerrar la puerta para desilusión de los que nos quedamos adentro. Se fue el Bombero con los que salieron. A Raimundo no lo nombraron en esta lista, porque había salido dos días antes.

El Bombero apareció de regreso, se paró otra vez ante nosotros, siempre con sus botas de hule, y nos dijo paternalmente:

—Muchachos, den gracias a Dios que no se fueron en esa lista.

Un silencio pesado nos envolvió. Todos pensamos en El Pirata. Y en ese momento trajeron una cantidad de presos igual a los que habían sacado: eran delincuentes comunes, se veía de inmediato la diferencia. Rápido nos comunicamos entre todos en voz baja:

—Tengan cuidado, llegaron muchos orejas.

La situación se volvió más difícil. Se había terminado la confianza y las conversaciones. A los pocos días llegó el Bombero con otra lista. Nos sacaron a todos con las manos en la nuca y nos llevaron ante el Ministerio Público, otra vez, a declarar: Dictaminaron: “Agentes desconocidos nos habían arrestado equivocadamente...”.

Al salir a la sala del Ministerio Público, vi una cantidad de gente esperando a sus familiares y a muchos curiosos. Entre ellos estaban la mamá de Víctor, mi papá y mi hermano. Una viejita de reboso se acercó a decirme:

—Joven, joven, tenga esto... —me ofreció un billete de a diez pesos, que en ese tiempo era algo de dinero. Vi muy pobre a la señora, y le dije:

—No, señora, cómo cree...

—No, de veras —me insistió—, tómelo por favor, para algo le tiene que servir.

—Gracias, señora, gracias... —agarré los diez pesos y caminé hacia la salida apretando el billete entre la bolsa del pantalón.

Al despedirme de Víctor, que estaba con su mamá, le dije:

—Compra el periódico. Te hablo por teléfono en la tarde. Hay que pensar qué va a seguir.

Hay muchas razones para no olvidar el 68 mexicano. El testimonio de Jacinto Morán evidencia los atropellos de que fueron víctimas él y sus compañeros, así como la actuación arbitraria de los cuerpos policiales y las instituciones judiciales, contribuyendo a mantener la memoria de un conjunto de acontecimientos deleznales.

REFERENCIAS

- ALLIER MONTAÑO, E. (2009). Presentes-pasados del 68 mexicano. Una historización de las memorias públicas del movimiento estudiantil, 1968-2007. *Revista Mexicana de Sociología* 71(2), pp. 28-47.
- ÁLVAREZ GARÍN, R. (1998). *La estela de Tlatelolco: una reconstrucción histórica del movimiento estudiantil del 68*. México: Grijalbo.
- GUEVARA NIEBLA, G. (2008). *68. Largo camino a la democracia*. México: Cal y Arena.
- GONZÁLEZ DE ALBA, L. (1971). *Los días y los años*. México: Era.
- PLIEGO MORENO, I. H. (2008). Entrevistas a Gilberto Guevara Niebla y Raúl Álvarez Garín. *Sociológica* (68), pp. 197-228
- PONIATOWSKA, E. (1983). *La noche de Tlatelolco: testimonios de historia oral*. México: Era.
- REVUELTAS, J. (1978). *México 68, juventud y revolución*. México: Era.
- RICOEUR, P. (2004). *La memoria, la historia, el olvido*. México. Fondo de Cultura Económica.

- TARROW, S. (1997). *El poder en movimiento. Movimientos sociales, acción colectiva y política*. Madrid: Alianza Editorial
- TILLY, CH. Y WOOD, L. (2009). *Los movimientos sociales, 1768-2009*. Madrid: Crítica.
- TOURAINÉ, A. (1995). *La producción de la sociedad*. México: UNAM.
- ZERMEÑO, S. (1978). *México, una democracia utópica*. México: Siglo XXI.